

Gritos y cantares del idiota

Gritos y cantares del idiota/ Franco Toledo
–1ª ed. Buenos Aires, 2020–

ISBN 978-987-4914-13-2

© Franco Toledo
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Fedra Giraldo
Fotografía de portada: © Graciela Prieto

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

FRANCO TOLEDO
Gritos y cantares del idiota

La caída de la máscara

¿Y a quién no se le ha salpicado la sangre en la piel?
¿Y quién no ha mutilado un recuerdo en su memoria?
¿Y acaso quién no ha vestido a una mujer hecha de rosas
con el trigo que tiñe al tigre y la tierra que lo engendra?
Ahora y más que nunca prometo marchar en el papel
al compás de la máscara triturada por la sangre.
Desde ahora mi alma dictará la letra que he de decirme.

Mi fuente

Siento el sonido salpicado en la fuente que contiene
mi cuerpo, bebe luz mi sombra del rojizo suelo.
Y es el multicromático grito de mi garganta que me hace
tener malos sueños.

El deseo del idiota

No quiero llegar a la caída del borde
para ver qué tan profeta es mi suerte
de mi mendiga fe.

¡Yo quiero ver ahora lo que no pueden ver mis ojos!
No quiero que mi espíritu siga bebiendo de las comarcas
de barro hasta que mi piel no dé más.

¡Yo quiero ahora otro paladar para
embriagarme en la vid!

Con este no me alcanza.

No quiero estar en las sinfonías
que componen los hombres
y ensordecirme en sus aplausos.

¡Yo quiero ahora que mi caja de carne sea
el sonido del eco disperso!

Quiero otro pincel que me pinte.

Quiero una piel que me desenvuelva al aire.

Quiero ojos que rueden por otros ángulos.

Yo quiero ahora sacarme la estaca
que nos hunde en nuestra sangre
de pies a cabeza.

¡Yo quiero sentir ahora sin la marea de la sangre!

¡Yo quiero sentir ahora sin la carne que nos atrapa!

Pero más quiero penetrar el enigma que
marchita la rosa y que fecunda la vida
junto con el germen de la muerte.

El dibujo del silencio

Quiero dibujar el silencio. Con las formas que ocasionan mis danzas en el papel del espacio infinito, y después de cansarme, atraparlo en mis palabras y ninguna.

Cátaros de viento

Hay cátaros de viento en el malambo furioso
de los viejos. El viento penetra la sangre y
acongoja el fuego, hay migajas de tierra en los
enanos reyes delirantes, la pulcritud de la tierra
es la tiza de barro que tiñe el cielo.

Hay manantiales de vino en los estómagos del artesano,
el que forja el arpa de madera llámenlo guitarra serena.
Y hay, vaya que hay, los que tejen con el pincel del sonido
los trapitos de piel de los hombres y nos dan
el recinto de una zamba de plegarias, a entregarse al viento.

Plegaria interplanetaria

Su piel blanca y muerta era como un cascarón de cielo
despejado como una culebra tenía ojos redondos
hipnotizantes
con un barniz celeste que escondía aquel azul
profundo similar al mar y yo le rezo a mercurio para que
vuelva conmigo,
y un puñado de lunitas eclipsadas escondidas para aquellos
astronautas que las diviertan en su mundo pero sin entrar
al jardín sagrado de venus
y no me alcanza ni para descifrar
la rapsodia de los pájaros que componen sobre el viento
para llegar a este planeta de mujer,
solo me queda rezarle a mercurio.

Yo en el papel y el papel en mí

Desde niño armaba una lanza con el alba
y jugaba a aniquilar a mi sombra, ella no devolvía
la estocada porque también era un niño, ahora
se venga de mí cada vez que me traiciono.

¡Putra sombra! ¡Déjame de cortar!

Desde niño no usé el papel para dibujar
lo fundí a mi carne una vez que aprendí
a incendiar los colores que no eran míos.

¡Mi piel quedó maldita!

No puedo tocar un color sin que me dibuje
o me raye entero.

Vaya milagro me regaló la juventud
me aprisionó en mi propia piel y
arraigó la caída de mi carne a la
misma piedra.

No puedo probar un sabor sin que me manche.
No puedo respirar un aroma sin que se marchite
en mí cuando intento aprisionarlo.

¡Él me aprisiona!

No puedo borrarme en el papel sin que se abran
tajos al hacerlo, simplemente no puedo.

Quizás me cure cuando mire sin
parpadear el final que se abre
dentro de nuestro principio.

Qué bello arquitecto es Dios
de la vida cuando nos dejó la llave
para abrir todas las puertas desde adentro,
en el sonido de la última que nos cierra a todos
y nos deja del lado de afuera.

Yo daba vueltas las agujas del reloj con
el tic de mi madre cuando el sol
todavía ni nacía.

La riqueza de mi pobre yo

Yo soy el hombre que cosió sus alas
cuando le robó los planos
al arquitecto de la rosa.

Yo soy el hombre que reparó la ceguera
al desencajar el marco que atrapaba
la fábula de mirar por el otro lado de
la ventana.

Yo soy el hombre que vio el fondo azul
de la botella sin ver por la boca que
perforó el viento al fulminar el vidrio
y aun así no apaciguó la decorada tormenta
de mi familia cuando corre la manzana por la mesa.